

provincia y otra, que hacian difícil la reconciliacion; pero el aprecio profundo que todos consagraban á Cortés, allanó las dificultades. El afortunado caudillo español les convenció de que no debian existir rencillas entre dos pueblos nobles y generosos, y mucho menos desde que estaban unidos para derrocar al dominador de las naciones de Anáhuac, desde que unos y otros se habian declarado súbditos del monarca de Castilla. El general terminó suplicándoles que desde aquel instante fuesen buenos amigos, y que se auxiliasen mutuamente contra el imperio mejicano, que les habia oprimido como el señor al esclavo (1).

Las palabras de Hernan Cortés produjeron un efecto prodigioso en los embajadores de las dos provincias; y el feliz caudillo español alcanzó la dicha de convertir en leales amigos, á los que hasta entonces se habian visto como contrarios irreconciliables. Allí, aquellas naciones que se habian odiado de muerte y cuya rivalidad parecia interminable, depusieron sus antiguos rencores, y olvidando sus particulares resentimientos, se abrazaron cordialmente, jurándose constante y leal amistad. Dos dias permanecieron en Texcoco los embajadores de Huexotzinco y de Chalco, teniendo diversas entrevistas con el general español,

(1) «E yo se los agradecí mucho, y les dije que, bendito nuestro Señor, los españoles y yo estábamos buenos y siempre habíamos habido victoria contra los enemigos; y que demás de holgar mucho con su voluntad y presencia, que holgaba mas por los confederar y hacer amigos con los de Chalco, que estaban presentes; y que así les rogaba; pues los unos y los otros eran vasallos de V. M., que fuesen buenos amigos, y se ayudasen y socorriesen contra los de Culúa.»—Tercera carta de Cortés.

y se despidieron de él altamente contentos, prometiéndole ayudarse mutuamente, como les habia aconsejado (1). Así Hernan Cortés alcanzaba con su acertada y conciliadora política, robustecer su partido y unificar los intereses de las diversas provincias, enlazándolas íntimamente con un solo pensamiento: la caída de la nacion que á todas habia dominado.

Hasta entonces cada una, aisladamente, habia procurado romper el yugo impuesto á todas por los mejicanos; pero rivales entre sí, lejos de confederarse, obedecian al dominador, destruyendo al dominado que empuñaba las armas para recobrar su independenciam. Esta rivalidad entre las naciones conquistadas, habia hecho que el imperio mejicano adquiriese mayor solidez en el Anáhuac, á medida que fué creciendo el número de señoríos conquistados. Solo debido á esa rivalidad que existia de unas á otras, pudo extender la esfera de su mando hasta remotas provincias, valiéndose de las conquistadas para conquistar á sus vecinas. Todas tenian por insufrible el yugo azteca. Todas se habian establecido en el país mucho antes que los mejicanos; estos eran los últimos que llegaron al valle y que, despues de haber vagado errantes por una larga série de años, fundaron sus primeras chozas sobre una isleta del lago. Pobres y abatidos al principio, fueron creando recursos con su constancia, su valor y su industria. Feudatarios de otra tribu al principio, lograron hacerla tributaria de ellos, empezando desde ese instante á extender progresivamente

(1) «Y así quedaron muy amigos y confederados. Y despues de haber estado dos dias allí conmigo los unos y los otros, se fueron muy alegres y contentos, y se ayudaron y socorrieron los unos á los otros.»—Tercera carta de Cortés.

su dominio. En los primeros años que empezaron á ser conquistadores, algunos Estados trataron de sacudir el yugo; pero inmediatamente se veían oprimidos por los ejércitos mejicanos, unidos á los de la provincia inmediata, ya tributaria de Méjico, que antes de ser sometida, habia sido rival de su vecina.

Los levantamientos continuaron en distintas épocas; pero siendo aislados, no daban por resultado mas que el castigo severo de los sublevados. La opresion de los reinos sometidos creció á medida que los emperadores aztecas aumentaron su lujo, sus palacios, sus gastos y sus comodidades. Ese malestar de los pueblos feudatarios, hizo que las sublevaciones se repitiesen con bastante frecuencia en los primeros años de haber subido al trono Moctezuma II, en 1502; pero todas fueron sofocadas inmediatamente. En todas las ciudades principales de las provincias conquistadas, habia fuertes guarniciones de tropas mejicanas que, unidas á las del mismo país, se lanzaban sobre la que trataba de hacerse independiente. La prontitud con que los sublevados se veían atacados; el rigor que se desplegaba sobre los vencidos y los nuevos gravámenes que les imponían, infundieron el terror en todos los pueblos, y nadie se atrevía ni aun á pronunciar la menor palabra que indicase desaprobacion á lo dispuesto por el monarca azteca. Nunca habia sido mayor la opresion, y nunca al mismo tiempo se habia oido hablar con mas respeto del soberano. El miedo al castigo sellaba los labios de todos los habitantes. Las provincias sometidas á la corona de Méjico estaban reprimidas por las armas de sus conquistadores. Todas deseaban romper aquel dique odioso que les impedia aspirar el aura vi-

vificadora de la libertad; pero la falta de armonía entre ellas habia impedido que se realizase el deseo que á cada una le animaba. Faltaba un genio que hiciese desaparecer los odios entre los países oprimidos; que armonizase los intereses de todos, y que, uniéndoles con el lazo de la amistad, combinase sus fuerzas, haciéndolas dirigirse, unidas, á un solo objeto. Ese genio extraordinario que extinguiese los inveterados rencores de las diversas y valerosas tribus oprimidas, se presentó al fin. Hernan Cortés, gran político, no menos que prudente y entendido general, supo hacer que desapareciesen los odios y rencillas entre las diversas naciones rivales, y aunándolas con un solo sentimiento, confederarlas contra el dominador de todas (1). Al ver que encontraban un apoyo que les ponía á cubierto de las iras del imperio azteca, los pueblos corrieron á buscar la alianza de los españoles. Habian vivido

(1) «Sin duda alguna,» dice Oviedo en su Historia de las Indias, admirando la política, tacto, prudencia y táctica del general español; «la habilidad y esfuerzo, é prudencia de Hernan Cortés muy dignas son que entre los cavalleros, é gente militar en nuestros tiempos se tengan en mucha estimacion, y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo muchas veces de aquellas cosas que se escriben del capitan Viriato, nuestro español y estremeño; y por Hernan Cortés me ocurren al sentido las muchas fatigas de aquel espejo de caballería Julio César, dictador, como parece por sus comentarios, é por Suetonio é Plutarco é otros autores que en conformidad suscribieron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés en un mundo nuevo, é tan apartadas provincias de Europa, é con tantos trabajos é necesidades é pocas fuerzas, é con gente tan innumerable, é tan bárbara é belicosa, é apacentada con carne humana, é aun habida por excelente é sabroso manjar entre sus adversarios, é faltándole á él ó á sus militares el pan é vino é los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones é aires é tan desviado é lejos de socorro é de su príncipe, cosas son de admiracion.»

agobiados por el peso de los tributos; viéndose reducidos á la esclavitud los que no podían pagarlos; tributos que se cobraban con un despotismo irritante para sustentar la pompa, los goces, la suntuosa mesa de los monarcas; los mas caros objetos de sus corazones, como eran sus hijas y sus esposas, las veían arrebatadas por los orgullosos empleados que ejercían un poder absoluto sobre los pueblos feudatarios. El terror había sido la única política seguida por los soberanos aztecas con los reinos sometidos, y la obediencia de los pueblos empezó á desaparecer desde que se presentó otra fuerza superior á quien unirse (1).

Viendo Hernan Cortés llegar diariamente nuevas embajadas solicitando su favor y declarándose sus aliados, creyó que había llegado el momento oportuno de hacer algunas proposiciones de paz al emperador Guatemotzin. La situación de la capital era cada vez mas crítica, pues iba quedando aislada de todo auxilio, y abandonada de los pueblos que antes le obedecían. El caudillo español esperó por lo mismo alcanzar favorables resultados por medio de negociaciones, y trató de abrirlas sin pérdida de momento. Tenía en su poder varios jefes principales mejicanos que habían sido hechos prisioneros en Chalco, y poniéndoles en li-

(1) El historiador mejicano Clavijero, hablando de las rebeliones de las provincias feudatarias contra la corona de Méjico, dice: «La causa de rebelarse tan fácilmente tantos pueblos de aquel imperio, era, en unos el temor á las armas españolas y al poder de sus aliados, y en otros el odio á la dominación mejicana. No es posible que sea constante la fidelidad de los súbditos, siempre que en la subordinación influya mas el terror que la beneficencia.»

El Sr. Prescott, refiriéndose al mismo objeto dice: «El terror era el gran vínculo que unía á los miembros heterogéneos de la monarquía.»

bertad, propuso, por medio de ellos, á Guatemotzin, un arreglo pacífico. Le decía que la guerra no podía dar por resultado mas que la ruina de la hermosa corte azteca, puesto que se habían separado de la obediencia de Méjico las mas populosas ciudades y provincias. Se esforzaba en persuadirle á que recibiese benévola mente á los españoles, y le aseguraba que si los habitantes de la capital volvían á la obediencia de los reyes de Castilla, que espontáneamente habían ofrecido cuando Moctezuma ocupaba el trono, quedaria reconocida la autoridad de Guatemotzin, se olvidaria lo pasado, á nadie se le molestaría en lo mas mínimo, y las personas y los bienes de todos serían respetados. Estas proposiciones de Hernan Cortés quedaron sin contestación, como habían quedado las primeras que en el mismo sentido le hizo con los mensajeros aztecas que puso en libertad cuando los señores de Huexotla, Coatlichan, y Atenco, les condujeron presos á su presencia. El jóven y valiente Guatemotzin, resuelto á sostener la guerra á todo trance hasta vencer ó morir en la demanda, no quiso detenerse en enviar contestaciones que hubieran estado de acuerdo con la resolución de luchar que había tomado. Dotado de un espíritu indómito, de un acendrado patriotismo y de una firmeza inquebrantable, nada le arredraba, y aunque veía debilitarse, con las defecciones, los cimientos del imperio azteca, confiaba en su valor y su constancia para sostenerse en ellos contra todo el poder de sus contrarios.

Lleno de fé en el triunfo de la causa que defendía, en vez de temblar ante la tremenda tempestad que se iba formando á su derredor, amenazando destruirle, sintió crecer su espíritu, aumentar su aliento, centuplicar su ener-

gía, y poniendo su esperanza en sus dioses, en el valor de su brazo y en la lealtad de los numerosos ejércitos que aun le quedaban, se entregó á levantar notables fortificaciones, á formar nuevas tropas y á proveer de víveres á la capital para que nada faltase en ella, en caso de que llegase á verse sitiada. Anhelando la lucha y queriendo levantar el espíritu de los pueblos contra los españoles, envió mensajeros por las ciudades y provincias que aun no habian visitado los hombres blancos; hizo generosos ofrecimientos á los que se distinguiesen por las hostilidades hechas á los extranjeros, eximiéndoles de pagar tributo, y mandó que á todo español que lograsen hacer prisionero, lo enviasen inmediatamente á la capital, donde seria sacrificado á los dioses con las imponentes ceremonias que precedian á la sangrienta ejecución (1).

Mientras el valiente emperador azteca Guatemotzin veia separarse de la obediencia numerosas ciudades que iban á aumentar el poder de los cristianos; Hernan Cortés recibió la satisfactoria noticia de que los bergantines se hallaban terminados y en disposicion de ser conducidos á Texcoco. La noticia no podía ser mas satisfactoria para el caudillo español. Inmediatamente destacó á Gonzalo de Sandoval con doscientos infantes españoles y quince de caballería,

(1) «Y fueron ante el Guatemuz aquellos ocho indios nuestros mensajeros; mas no quiso hacer cuenta dellos el Guatemuz ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias á mandar que si algunos de nosotros tomasen desmandados, que se los enviasen á Méjico para sacrificar, y que cuando los enviasen á llamar, que luego viniesen con sus armas; y los envió á quitar y perdonar muchos tributos, y aun á prometer grandes promesas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

para que se dirigiese á Tlaxcala y volviese á Texcoco custodiando los barcos. Tenia confianza en el valor, la prudencia y los sentimientos generosos del jóven capitán, y le comisionaba para las cosas mas arduas y delicadas. Se habia formado el mas elevado concepto de él, y no dudó en asegurar al monarca Carlos V, en ocasion oportuna, que «Gonzalo Sandoval era uno de los capitanes que reunia al valor y al esfuerzo de los héroes, el consejo y la prudencia (1).» Moderado en sus palabras, franco en su porte, noble en sus sentimientos, acertado en el consejo, humano con todos, se habia captado las simpatías de los oficiales y de los soldados, y nadie era mas querido que él en el ejército.

Conociendo su rectitud y su buen juicio, Hernan Cortés le dió un encargo delicado que debia desempeñar al mismo tiempo que se dirigia á Tlaxcala en busca de los bergantines. En una poblacion llamada Zoltepec, habian sido asesinados cuarenta y cinco españoles, en los dias en que se hallaban sitiadas las tropas castellanas en los cuarteles de Méjico. Ignorando, como he dicho mas adelante, lo que acontecia en la capital azteca, se dirigian á ésta, y fueron recibidos en Zoltepec con las demostraciones mas sinceras de amistad y de aprecio. Las manifestaciones de benevolencia no eran mas que un ardid engañoso para hacerles caer fácilmente en el lazo que les preparaban. Teniendo

(1) «Y dijo por el Gonzalo de Sandoval que era tan valeroso y esforzado capitán y de buenos consejos, que podia ser uno de los buenos coroneles que ha habido en España, y que en todo era tan bastante, que osara decir y hacer.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

por sincera la hospitalidad que habian recibido, emprendieron el camino llenos de agradecimiento y de confianza. Eran cuarenta infantes y cinco de caballería. Al llegar á la bajada de una elevada cuesta llena de malos pasos y de maleza, donde no se podia marchar sino uno á uno, y aun así difícilmente, los cinco ginetes desmontaron y marchaban á pié llevando los caballos del diestro. Los habitantes de Zoltepec y de los pueblos inmediatos al sitio de la celada, se hallaban emboscados á uno y otro lado del estrecho camino, y saliendo de repente, se arrojaron sobre los descuidados castellanos, matando á unos y haciendo prisioneros á los demás, sin que hubiesen tenido tiempo para hacer uso de sus armas. La misma suerte corrieron trescientos tlaxcaltecas que les acompañaban. Los españoles que cayeron en poder de los indios, fueron sacrificados á las sangrientas divinidades aztecas (1).

Hernán Cortés encargó á Gonzalo de Sandoval que, al pasar hácia Tlaxcala, entrase en el pueblo de Zoltepec; descubriese, si le era posible, á los que habian tomado parte en los asesinatos, y les aplicase el castigo que juzgase conveniente. Los habitantes de la villa al saber que se dirigian á ella los españoles, huyeron, abandonando sus

(1) «E los traidores de aquel pueblo y de otros á él comarcanos, al tiempo que aquellos cristianos por allí pasaron, hiciéronles buen recibimiento, para los asegurar y hacer en ellos la mayor crueldad que nunca se hizo, porque abajando por una cuesta y mal paso, todos á pié, trayendo los caballos de diestro, de manera que no se podian aprovechar dellos, puestos los enemigos en celada de una parte y de otra del mal paso, los tomaron en medio, y dellos mataron, y dellos tomaron á vida para traer á Tesaico á sacrificar y sacarles los corazones delante de sus ídolos.»—Tercera carta de Cortés.

casas; pero fueron perseguidos, y muchos cayeron prisioneros. Sandoval y sus soldados, sabiendo, por los prisioneros, que en los *teocallis* se encontraban las pruebas del fin trágico de sus desgraciados compatriotas, se dirigieron al templo principal. No habia ni un solo sacerdote; el fuego que constantemente ardia en uno de los altares, estaba apagado. Los ministros de las falsas divinidades habian huido. El *teocalli* se hallaba abandonado. Los castellanos subieron al átrio superior, donde estaban los santuarios, y sus ojos tropezaron con objetos que les hicieron estremecer de horror. Suspensos de las paredes del templo encontraron sensibles vestigios que demostraban la horrible muerte sufrida por sus compañeros de armas. Trajes de soldados españoles, armas y arneses, se hallaban colocados simétricamente, colgados al lado de los ídolos: allí se veian las herraduras, los frenos y la piel de cuatro caballos, perfectamente curtidas, ofrecidos á las falsas divinidades, y sobre los altares se encontraban algunas cabezas de los castellanos sacrificados al dios Huitzilopochtli (1). En un edificio próximo al templo se halló una señal que indicaba que en él estuvieron presos los desventurados españoles que estaban destinados á sufrir el sacrificio dentro de pocos momentos. El edificio tenia una pieza con gruesas pare-

(1) «Y tambien se halló dos caras que habian desollado y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenian con sus barbas puestas y ofrecidas en uno de sus altares; y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos, muy bien aderezados, que tenian sus pelos y con sus herraduras, colgados y ofrecidos á sus ídolos en el su cu mayor; y halláronse muchos vestidos de los españoles que habian muerto, colgados y ofrecidos á los mismos ídolos.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.